

"AGACIR"

MANUEL-FULGENCIO MARTÍN GARCÍA

SALAMANCA DE AYER

1956

penumbras de los siglos pasados, comienza a tropezar con vestigios de este eterno y universal dulce sufrir de los corazones. Pero a ti, lectora mía, sin duda te complacería más saber cómo fué un amor de anécdota, carne de romance, con nombre en la Historia, y aún te parecería más sabroso el cuento si fuese mucha la historia, fuera el amor poco o mucho...

De eso, más que yo pudiera hablarte aquella viejecilla cana y arrugada que ayudó a Calixto cuando quiso mirarse en los ojos verdes de Melibea. Me limito a citarte un suceso amatorio limpio y claro: menos aún, el leve centelleo de dos corazones niños en trance de sumar sus sangres.

Quizá sabes el caso. Con gaya pluma lo han descrito los viejos cronistas de nuestra ciudad. Van cumplidos cuatro siglos desde aquel otoño en que dos primos se reunieron en Salamanca para celebrar sus bodas. ¡Magnífica efemérides, puedes creerlo! Imaginarás a donde alcanzaría el suceso si te digo que el novio se llamaba Felipe y era príncipe de España, y la novia María, infanta de Portugal. Dudo haya habido en la Historia de nuestra patria acontecimiento que removiese más pompa y lujo. cortejos más brillantes, ceremonias de mayor atuendo y esplendor. Pienso que los salmantinos tenemos olvidado un pasaje histórico singularísimo que debería estar profusamente reimpresso e ilustrado en algún bello libro popular.

No cabe en esta página ni reseñar someramente el boato desplegado por las egregias comitivas que

recibieron y acompañaron a los novios, las fiestas y alegorías inimitables representadas ante ellos para hacer más risueña aquella hora de felicidad. Tocó en lo portentoso. Pero nosotros, ahora, íbamos, a lo pilluelo, entrometidos en la cabalgata, desentendidos de la estirpe de los contrayentes, en pesquisa del amor, a la caza de las emociones sentimentales que de uno y otro prometidos trascendieran como pajarillos escapados de la jaula. Ves nuestro intento: sorprender el aleteo de las almas despojadas de sus capas de armiño. Mas acaso toda esa alianza de ropajes, ofrendas y ceremonias que envuelven a las novias el día de sus bodas ¿no son lo que enfervoriza y pone miel en sus ilusiones? —Pobre, mi amor; pensarían muchas de ellas, si no sintieran sobre sí la caricia del velo, el halago del cortejo, el rumbo de su prometido. Bien, bien...

Volvamos nosotros a nuestras pesquisas. Sigamos al príncipe, furtivamente, como él iba, cuando como de tapadillo, impaciente por verle el rostro a la novia, salió al camino por donde ésta venía desde Badajoz. Con tan poca cautela que pudo advertirlo la damita, «quien con gracioso donaire cubrió el rostro con el abanico». Lindo mohín, quizá más picaruelo que pudoroso. Y al cabo inútil. Pues no iba lejos de ella Perico de Santervas, avispado juglar del Conde de Benavente, cuyo traspiés adrede ladeó el ventalle. Felipe pudo ver que el rostro sonreía...

Mucho nos va diciendo esta gozosa incidencia de los recatos y los anhelos que rebullían sofrenados en aquellos dos seres, hombre y mujer, al fin y al cabo,

¡qué digo hombre y mujer, si el mayor tenía diecisiete años! Al pálido mozuelo que era entonces Felipe, debió de dejarle la sonrisa con mayor ansia y más veraz motivo para ella que la curiosidad; y como la novia descansara unos días en el pueblecito de Aldeatejada, al realizar al fin su entrada en la ciudad, también el impaciente urdió acercársele de incógnito «embozado con los cortesanos que bajaron a recibirla». Doncel el cuerpo, doncella el alma, les crecían en limpio deseo; y tal fué de expresivo el lance del encuentro al comenzar el desposorio. Oigamos a la crónica: «Así como el príncipe llegó junto al estrado salió la princesa y arremetió cada uno a las manos del otro en son de besárselas...: paró la cosa en un abrazo con sendas reverencias».

Nadie imaginara en Felipe, el frío, el desabrido, el hermético monarca de la madurez, tan ingenuas efusiones. ¡Cómo trabajan los años nuestros corazones, cómo secan sus fuentes cristalinas! Ya están muy lejos de la hora aquellas dos sencillas juventudes que se unieron en nuestra ciudad hace cuatrocientos años. Podemos llenar con nuestras sutiles invenciones los huecos pudorosos de la Historia. Bien fácil, si olvidamos armiños y brocados, y nos decimos, simplemente, con palabras de su tiempo: eran ambos hartos mozos...

Porque eso es todo, amiga mía; mocedad. Pongamos que Felipe y María hubieran nacido en bastas cunas de pino. Pobres, pobríssimos, a la intemperie, como cardo y ortiga del erial a los que el cierzo contagia su aspereza, sus vidas rodarían ateridas por

estas callejuelas de Salamanca. Y olvidados del mundo y el mundo de ellos, trabados sus brazos, insaciables los ojos, Dios sabe cuántos anocheceres bajo la cueva de la sombra «arremeterían cada uno a las manos del otro en son de besárselas» y aún más..., quizá aquí mismo, en esta misma esquina de la plaza de los Bandos y la calle de Concejo, donde estuvo el Palacio en que la tierna y malograda infanta María pasó la noche de sus desposorios.

Amor, uno y vario, excelso entre damascos y entre harapos excelso. Los cielos seculares de esta nuestra Salamanca, testigos impasibles de cuanto en ella acontece, resumen en su inmenso azul las miríadas de amores ignorados que dieron sangre y alma a la ciudad.